

**CALABAZAS**



*en el trastrero*



*Mascaras*



Presenta

**CALABAZAS**



*en el trastero*

# CALABAZAS

*en el trastero*



*Máscaras*

**Créditos:**

**Primera edición digital:** junio 2017  
**Código:** COD 9785400038635050116

**Ilustración de portada:** Darío Mekler  
(dariomekler.daportfolio.com)

**Maquetación y diseño:** Miguel Puente y Kachi Edroso

**Corrección de estilo:** Juan Ángel Laguna Edroso

**Editor:** Juan Ángel Laguna Edroso

**Prólogo (cortesía de Nocte):** Andrés Abel

**Autores:** Jesús Ayuso, Enrique Cordobés,  
Raelana Dsagan, Xuan Folguera, Aitor Heras Rodríguez,  
Juan Ángel Laguna Edroso, Miguel Martín Cruz,  
Sergio Moreno Montes, Gema del Prado Marugán, Edgar  
Sega, Victor Selles, Vicente Silvestre Marco,  
Aitor Solar y Luis Zurriaga

**Edición:** Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A, 50006 Zaragoza

**Más información:** [www.sacodehuesos.com](http://www.sacodehuesos.com)

## **Un proyecto de la asociación cultural La Biblioteca Fosca**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos ([ww.cedro.org](http://ww.cedro.org))) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Prólogo

¿Sabes ese momento, al final de cada episodio de *Scooby-Doo*, en el que alguien tira de la máscara y se desvela la identidad del monstruo de la semana? Si lo que te gustan son las historias de detectives, es muy probable que sea tu momento favorito: aquel en el que por fin confirmas si tus deducciones han sido acertadas. Pero si lo que de verdad te van son los monstruos, entonces es una mierda.

Ambas inclinaciones tienen cabida en el cajón de sastre de *lo fosco*, al que está consagrada esta insana publicación, e incluso podrían ponerse como ejemplos extremos de todo el ámbito de historias que cubre: desde los cuentos más intrigantes, basados en el suspense, hasta aquellos que te hacen encoger la cara de puro disgusto ante las imágenes que evocan. En ambos casos una buena máscara representa un cebo inmejorable para el receptor de la historia... lo que no quiere decir que el transmisor tenga garantizada su presa.

En un relato de suspense, una máscara real (mientras el malvado, quizás deforme, perpetra sus fecho-

rías) o metafórica (mientras se camufla entre los demás sospechosos bajo una apariencia de normalidad) lanza un desafío al que ningún lector puede resistirse. Como generadoras de misterio, no tienen parangón. Después corresponde al escritor la tarea de construir un camino satisfactorio hasta el momento de la revelación, con giros y desvíos que le planteen un reto al detective aficionado, pero también con indicaciones suficientes para permitirle pronunciar el mismo nombre que la banda de Scooby al final del episodio.

Sin embargo, una máscara puede hacer mucho más que encubrir a un mundano criminal mientras lleva a cabo sus mundanas felonías. La careta metafórica a la que aludíamos antes podría esconder a una bestia con rostro humano, incapaz de distinguir entre el bien y el mal. Y la literal puede hacer mucho más que ocultar al monstruo. Puede crearlo.

Lo hemos visto sobre todo en el cine, donde una pléyade de enmascarados han sido elevados a altares que en otros tiempos estaban reservados a vampiros y hombres lobo. Dale al objeto un aspecto suficientemente icónico y transmitirá ese carácter a su portador; de hecho, mejor olvídate del portador (salvo para recordar la historia de su origen y buscar en ella

el equivalente a las balas de plata y los crucifijos de antaño) o corres el riesgo de cargarte de un plumazo su flamante condición mítica, con la consiguiente desilusión para los escapistas de esta realidad terrible en la que no existen los monstruos...

Pero qué sabré yo. *Scooby-Doo* lleva décadas pasándose todas esas consideraciones por el forro y, puede que sea por Velma, pero yo sigo regresando una y otra vez a sus bailes de máscaras. Veamos juntos por qué enfoques han optado los relatos que siguen a continuación. ¿La incertidumbre del quién-lo-hizo? ¿El repulsivo atractivo de los monstruos? ¿Otros, totalmente distintos? Joder, estoy emocionado. Quién sabe, quizás alguno sea tan terrorífico que nos haga desear que debajo de la máscara no haya más que un conserje cabreado, decepcionantemente humano.

**Andrés Abel**

Las Evil, diciembre de 2015

# Fiesta pagana

Por Aitor Solar

**E**l prado está en flor, pues así lo quiere la naturaleza llegada la primavera. Cuando por fin lo alcanza, la muchacha se siente embargada por la alegría que transmite el atardecer al derramarse sobre la suave pendiente. La ladera desciende hasta el riachuelo y luce amarillenta y rojiza por las primulas y las caléndulas, a juego con la corona vegetal que lleva en la frente.

Se va llenando la loma de hombres y mujeres venidos de la cercana aldea, que comparecen acompañados de sus risas y bailes. En el centro se yergue el palo de mayo, un tronco que como cada año los mozos han cortado, desbastado y vuelto a clavar en la tierra blanda, de cuya cúspide cuelgan las cintas que las doncellas han preparado, teñidas con grana, chilca y añil. La joven siente alivio, pues temía que esta vez la tradición pasara al olvido, como le han contado que ocurre cada vez más a menudo en los pueblos donde hay feria o señor. Pero allí llega muy

poca gente de fuera, es un lugar perdido entre el bosque y la montaña del que nadie se acuerda salvo para recolectar la facendera de vez en cuando, la martiniega en noviembre, y para la leva cuando los reyes quieren hacer la guerra. El poder de ese adusto párroco que solo viene a dar misa algunos domingos y al que la chica aborrece no alcanza aún tan lejos.

Ella no es de las que se reúnen delante de la ermita de piedra que han erigido para honrar a no sabe quién. Un hombre santo, dicen, que desde luego nunca estuvo por allí. No, aquí aún se recuerdan las antiguas costumbres y se honra a dioses que nada saben de esa cruz de madera. Pero los ha observado desde lejos, cuando camina por la linde del bosque para ir al río a lavar ropa de sus patronos, y sabe que cada vez son más, sobre todo mujeres, y ha visto allí a algunos que antes veneraban a las tres diosas los días señalados. Por eso la reconforta escuchar las cornamusas y los rabeles que arrancan melodías festivas e invitan a inmemoriales danzas, y se dice a sí misma que la vieja fe aún resiste, que no hay por qué temer. Llevada por la música, comienza a cabriolear sobre la hierba con sus zuecos.

De tanto en tanto busca con la mirada a su amado, mas no lo encuentra. Pugnan en su pecho el

deseo de estar junto a él y el temor por lo que piense cuando la vea así, tan desharrapada. Apenas ha podido acicalarse tras terminar de limpiar en la casa donde sirve. Contempla con un deje de envidia y desprecio a las chicas con dinero, que forman un corrillo junto a una vetusta encina. Llevan vestidos blancos y han comprado máscaras de madera cromada a ese buhonero que ha deambulado estos días por los alrededores. Las sujetan con las manos y se las quitan todo el rato para dejarse ver, que pareciera lo más importante para ellas. No entienden nada de lo que significa esta festividad, solo buscan presumir y cazar un buen partido, y sabe que alguna ha puesto los ojos en el mismo hombre que ella. Y así está, con solo unas flores en el pelo y la cara decorada con símbolos de alheña, pues no tiene monedas para una máscara ni nada con lo que hacer un truco.

La joven se sabe poco apreciada por sus vecinos y prefiere mantenerse al margen. Se siente sola sin él, ¿dónde andará? Empieza a temer que no venga, pero cuando cae el sol tras las montañas lo ve llegar desde la aldea y el corazón le pega un brinco. Sabía que no la defraudaría, y no lo ha hecho: lleva sobre el rostro la calavera de un ciervo que él mismo

cazó y preparó días atrás, como acostumbraban en otra época los guerreros, sujeta con tiras de cuero sin tinte. Él tampoco es como los demás, pusilánimes que han abandonado poco a poco las antiguas tradiciones y compran máscaras artificiales pensando que la fiesta de mayo es poco más que una farsa para emborracharse. Así tocado y con sus músculos ejercitados ante la fragua despierta la admiración entre los aldeanos, tanto hombres como (y le inquieta observarlo) mujeres. Se halla insegura, así que se acerca rápidamente y lo toma del brazo.

—Ah, hola —saluda él, sorprendido—. Me ha costado reconocerte: te has esmerado en esos trisqueles que adornan tu rostro.

—Gracias. Dime, ¿te gusta mi corona de doncella de mayo? Me la he hecho yo misma con flores de espino albar que recogí en el bosque y me he tizado el pelo de isatide. Quería estar guapa para ti.

—Y lo estás. Vamos, ya comienzan a prender las fogatas, demos la bienvenida al verano.

Así es, sobre la suave colina que forma la ladera rugen con creciente fuerza las llamas de la tradicional doble hoguera con la que antaño se saludaba el estío. Reconfortado una vez más su espíritu gracias a la presencia del joven, ella también ríe cuando algu-

nos pastores obligan a sus reses a pasar entremedias de las piras. Los animales, asustados, se resisten primero y luego trotan veloces al superar la imaginaria raya entre ambas. Es tradicional augurio de buena-ventura y, aunque el sacerdote cristiano haya advertido contra tales supersticiones, menudos son los cabañeros como para tentar la rueda de la fortuna ahora que llega el momento de subir a los pastos de montaña y pueden sufrir el ataque del lobo o, según se cuenta, de bestias aun peores. ¿Dónde estará ese cura cuando eso ocurra?, se pregunta la chica, ¿y dónde está ahora sino roncando en su cómoda casa del pueblo tras una copiosa cena, a buen seguro amancebado?

Él tira con brío de su mano para arrastrarla hasta la algarabía, sacándola de sus reflexiones. Normalmente no dispone de mucho tiempo para divertirse, y menos junto a él, así que se entrega por completo a los bailes, a los cánticos llenos de palabras cuyo significado pocos recuerdan y que apelan a la fertilidad de los campos y los animales. Por suerte o por desgracia no ha de rendir ya cuentas ante nadie, está sola en el mundo y hoy es fecha señalada y no cabe refrenarse. ¿Que es ella quien con mayor fervor danza para agradecer que el invierno queda atrás y

la naturaleza florece de nuevo, esta noche consagrada a la vitalidad y la pasión? Que así sea. Sabe que dirán que es por su madre, pero le da igual; cuando está con él nada importan habladurías y chismorreos.

Se separan mientras ella baila alrededor del palo de mayo junto a otras muchachas, que ríen cuando les explica lo que simboliza el grueso tronco hendido profundamente en la tierra. Al terminar se siente agotada y busca de nuevo a su amado. Poca gente queda por allí y las fogatas empiezan a menguar pese a que la noche aún es joven. Cuando lo localiza, se le clava una astilla en el pecho al verlo departir con la hija del molinero, la joven casadera más hermosa de la aldea según dicen, y en su opinión la más banal de todas. El chico se ha quitado la máscara de ciervo del rostro y parece muy contento mientras toma vino de un cuenco de madera.

De pronto sus miradas se cruzan y él comprende lo dolida que está. Va tras ella, que se aleja ladera abajo. Es ágil, no tiene problema para alcanzarla y cogerla de la mano, ya cerca del riachuelo.

—¿Te marchas ya?

—Déjame —responde librándose de su presa—. No tienes por qué estar conmigo, sin duda prefieres a esas chicas que presumen de piel blanca y dientes bonitos. Siempre con unas gotas de belladona en los ojos para dilatar las pupilas, siempre luciendo sus manos para que se vea que no necesitan trabajar, no como las mías, cuarteadas ya de tanto restregar ropa ajena contra la piedra de lavar.

—No digas eso —le pide él—, tengo que ser amable. Se dice que el molinero va a precisar labor de fragua bien pagada y no deseo que hable mal de mí al patrón por culpa de su hija. Ven, no es noche para reñir. Bebamos con los demás, aún queda vino especiado.

La besa, y a ella le resulta imposible seguir enfadada. Pero no se ve con ánimos para regresar junto al resto.

—El vino merma la virilidad de los varones —dice en cambio con una sonrisa pícara, echándose mano al cinto—, prefiero que tomemos raíz de mandrágora.

—¿De dónde la has sacado? —replica él sorprendido mientras lanza furtivos vistazos para asegurarse de que nadie los observa.

—Vaya, ¿de dónde crees tú? La he desenterrado y preparado yo misma; mi pobre madre me enseñó

cómo hacerlo antes de que la parca se la llevara. Ven, prueba un poco. Lleva una mixtura de beleño negro, que enardece la pasión. Oh, no pongas esa cara, ya sabes que la llamaban bruja. Y según me contaba, la tuya también sabía de remedios y apañaba la gravedad inconveniente de las solteras.

El chico suelta una risotada.

—Que ella no te oiga nunca mencionar algo así. Además, bien sabes que la hierba loca está prohibida, que por buen motivo recibe ese nombre. ¿A qué tomar semejante afrodisiaco?

—¿Cómo, no piensas acudir al bosque conmigo? —Acompaña sus palabras de un mohín sugerente—. Recuerda que esta es la noche del año en que todo está permitido y las parejas se enlazan en la espesura sin temor a sus mayores...

El joven parece incómodo, dubitativo.

—Ya no se hace eso, muchacha. Mira esas hogueras que agonizan, nadie las atiende porque temen forzar en demasía la voluntad de los curas que, según se dice, también ha hecho suya el señor de estas tierras. Pronto se retirarán todos a sus hogares y trabarán sus puertas durante la noche, porque ahora no hay acción sin consecuencias y no conviene tentar la suerte.

—Todo está prohibido, parece —replica ella, recordado su enfado—. Pues bien, si me quieres acepta, lo que te ofrezco. Yo no traicionaré la fe de nuestros ancestros: tomaré esta mezcla sagrada y te esperaré en el claro del bosque donde solíamos citarnos de críos... Recuerdo que no eras entonces tan melindroso.

Dicho esto, se marcha antes de que le dé tiempo de rebatir. Sabe que no le costaría convencerla de cualquier cosa y prefiere adentrarse solitaria en la espesura.

La noche primaveral es clara y se diría que la luna, además de alumbrar sus pasos, sume la floresta en un manto de silencio. El bosque comunitario es un territorio que conoce bien; a falta de un verdadero hogar, es allí donde más en casa se siente. Va mascando la pasta herbácea de sabor amargo mientras se mantiene a una prudencial distancia del mísero campamento de los carboneros, esos hombres hirsutos que le dan miedo por su aspecto y por su terrible oficio y con los que, sin embargo, su amado ha de tratarse en ocasiones por sus quehaceres en la fragua. Pero no corre peligro. De hecho ya ha encontrado el sendero que buscaba, esa vereda casi

borrada por la vegetación que recorría de niña con su madre y más tarde sola o, en ocasiones, con el chico.

Al adentrarse en el claro, lamenta por una vez no haber notado presencia alguna durante su trayecto. ¿De veras ya no hay en la aldea quien siga las viejas tradiciones? ¿Qué terribles amenazas de la nueva religión pueden llevar a repudiar una costumbre tan hermosa y placentera? De nuevo, desdeña esas nuevas mores; aguardará a su amado para entregarse a él en este lugar sagrado, como la diosa en su ciclo de eterno renacimiento.

Se recuesta en un haya que ha crecido especialmente retorcida, cuya rugosa corteza tiene algo de sensual. Está convencida de que vendrá, pero tarda más de la cuenta. O tal vez solo le da esa sensación, pues el transcurrir del tiempo se va haciendo confuso. Ya ha empezado a notar los efectos de la mandrágora y la hierba loca, un calor que le sube desde las ingles, un creciente adormecimiento de las extremidades, en las que siente un agradable cosquilleo que la obliga a reír en voz baja como una boba. Por fin se oyen unos ruidos entre los frondosos arbustos de acebo que guardan el calvero de ojos indiscretos. La joven gira la mirada con desapegada curiosidad y

lo ve llegar, estrepitoso. El pobre, qué torpe es, aparta a patadas las ramitas de un endrino en flor para que no se le claven en las piernas en lugar de seguir la misma senda que ella. Ha vuelto a colocarse sobre el rostro la máscara con la calavera de ciervo, como debe ser, pero a ella le fascina aun más descubrir que se ha deshecho del resto de sus ropas. Loba, camisa, calzas e incluso las botas han debido de quedar por el camino. Su desnudez resulta muy pertinente en una noche consagrada a la fertilidad y la naturaleza, y ella siente una pizca de reproche hacia sí misma por no haber hecho lo propio, pero se nota lánguida. Prefiere dedicar el tiempo que tarda él en aproximarse a estudiar con amodorrada complacencia, entre la bruma nocturna bañada por la luna y la que le provoca el beleño, su fuerte porte, esos músculos que se le marcan en el torso y los brazos fruto de su trabajo, tan diferente del cuerpo juvenil con el que tonteaba años atrás.

Llega por fin hasta ella y lo nota sudoroso, la respiración agitada en su pecho y enhiesto el miembro viril. La joven comprende que el efecto que está teniendo sobre él la mandrágora es mucho más intenso, normal por otra parte pues no suele ingerir tales cosas. A saber lo que se le estará pasando por la

cabeza mientras deshace con un tirón de su manaza el nudo de su basto cinto y trata de quitarle la ropa.

—Tranquilo, tranquilo —ríe halagada por su ímpetu.

Pero él no habla, solo gruñe mientras lucha torpemente con su raído sayo. Ella ayuda con sus manos a que el embarrado ropaje le salga por el cuello sin que se le caiga la corona de flores. Es una mujer pobre y, como es habitual cuando hace buen tiempo, nada lleva debajo. No ha menester pronunciar más palabras, sino dejar que hablen los cuerpos.

Él la toma con fuerza, la eleva unos palmos sobre el haya, cuya corteza nota ahora áspera contra su espalda desnuda. Extasiada, mira con fijeza la calavera de ciervo, que en su mente alterada surge como su verdadero rostro, y se entrega con ardor consumando por fin una cópula salvaje en la que no caben reticencias ni salvaguardas. Es bestial, profunda, incondicional. Como lo quiere la naturaleza.

Cuando todo termina, el sopor del coito y las drogas hace por fin mella en su agotado cuerpo. Se desliza hacia un reparador sueño en el que nada ha de temer del bosque salvaje, pues se sabe en comunión con él.

Ha pasado el tiempo. Las siegas del final de la primavera han venido adelantadas por culpa de las lluvias y pronto le llegará el turno al trigo, seruyendo como siempre. Pero a la muchacha es otra cosa la que le preocupa. Lleva un buen rato vigilando la herrería, sin dejarse ver, y cuando considera que es el momento oportuno se acerca presurosa hasta el lugar. El rechoncho edificio, medio enterrado en una hendedura del terreno, la impresiona; no está acostumbrada a sentirse rodeada por paredes de piedra, tan pesadas que parece que debieran derrumbarse en cualquier momento. Pero por fin reúne el valor necesario. Entra y lo llama con voz vacilante.

Al oírla, asoma al umbral de la fragua con el mandil de cuero colgando del pescuezo pese al calor que allí hace. Parece sorprendido de verla, inquieto.

—Escúchame, tengo que hablar contigo —dice la joven.

—Este no es buen momento...

—Ha de serlo, no puede esperar más —insiste—. Cuando desperté en el bosque la noche de mayo ya no estabas a mi lado. Yo también me marché antes de que amaneciera, por si alguien nos descubría, y desde entonces te has mostrado frío conmigo, distante. No, óyeme. Acepto que pienses mal de mí por

lo que te di a tomar y lo que sucedió luego entre nosotros, así que no he querido importunarte. No es mi intención molestarte sin cesar como hacen tantas zagalas cuando las cubre varón. Pero no sangro desde hace ya dos lunas, y media más. ¿Sabes lo que significa eso?

Él la contempla confuso.

—Pero... no puede ser —atina a decir—. Yo no yací contigo, debes de estar confundiéndonos.

—¿Cómo? ¿Acaso pretendes que me lo estoy inventando, que no acudiste en mi busca tras tomar la mandrágora?

—No —musita él, avergonzado por la confesión—, no probé la amalgama malsana que me entregaste. La arrojé lejos y regresé pradera arriba hasta los restos de las hogueras, donde se apuraba ya la fiesta.

La chica no da crédito a las palabras que oye salir de su boca. Él siente que debe dar alguna explicación más, así que añade:

—Allí bebí un poco más de ese vino que te ofrecí compartir, y luego estuve con otras personas...

—Ah, ¿sí? ¿Con quiénes?

—¡Estuvo conmigo! —surge de pronto otra voz que no ha intervenido hasta el momento.

Del espacio bañado en oscuridad rojiza junto a la alacena aparece la figura esbelta de la hija del molinero, sonriente y de mirada despectiva, cubierta por un hermoso pellote granate de amplias escotaduras laterales que ha debido de comprar en el mercado del pueblo, pues se dice que ahora su familia tiene hasta carro propio.

—Me sorprende que de verdad creyeras que este buen mozo acudiría a ti para copular como animales —remata—. Pero, claro, con esos mejunjes del diablo que tomas es de esperar que delires. A saber quién será el padre; siempre intuí que eras una mujerzuela. Sí, estuvimos juntos, y nos lo pasamos muy bien a la vera del bosque, ¿verdad, mi querido amigo?

Da a «amigo» un significado evidente. Sus palabras son hirientes, sus sonrisas falsas; siempre lleva una máscara puesta aun cuando vaya a rostro descubierto.

—¿Qué hace aquí? —le espeta al aprendiz de herrero, negándose a dirigirle la palabra a la otra joven.

—Ha venido a revisar nuestro trabajo, estamos confeccionando un rodezno de metal para el molino, y también una nueva rueda del triquitraque...

Ella tiene muy claro a qué obedece todo ese trabajo repentino y estalla:

—¡Todo eso lo paga con el grano que sisa a los campesinos de la maquila y los dineros que no paga al señorío! —exclama furiosa.

La otra ríe de nuevo.

—No necesitamos pagar a nadie: es nuestro. Lo que dicen un molino bastardo.

—¡Y un molinero bastardo, como tú!

Le sobreviene el llanto y sale corriendo de la pequeña herrería antes de que la chica vea su rostro anegado de lágrimas: no quiere concederle esa última victoria. Huye y huye, herida. Entendería que él no quisiera encargarse del niño, pero ha renegado de lo que pasó entre ellos, eso le duele casi más que su solitaria preñez. ¿Cómo puede mentir así y encima para dejarla por la hija del molinero?

Es al volver del río cuando la anciana, que lo es más por su piel curtida y sus achaques que por la edad, ve que la chica se le aproxima. Se le echa encima, prácticamente. La encuentra muy desmejorada, pálida, con el rostro sucio y los pies envueltos en andrajos descoloridos. Tiembla de frío, pues la época

cálida ha quedado atrás y los días de matanza están al caer.

—¿Qué te sucede, muchacha, que asustas así a una pobre vieja?

Esta masculla algo sin sentido, le falla la voz, pero al cabo se hace entender:

—Vos conocisteis a mi madre, sé que erais compañeras de brujería, tenéis que ayudarme...

—Calla, niña —la interrumpe la otra—: nunca se sabe quién puede merodear con el oído demasiado aguzado. Pasa, anda, pasa adentro a ver qué puedo hacer por ti.

Como si no se le viera. Pero ya en el interior le ofrece un tazón de caldo caliente, cocido tal vez con un compañero de los conejos desollados que cuelgan de una carcomida viga. Parece hacerle bien a la chica, que sentada en un taburete por fin se calma lo necesario para contarle toda la historia.

—Decidí no volver a hablarle y criarlo yo sola, pero no puedo seguir así —añade trémula mientras se acaricia el vientre—. Hace tiempo que se me nota encinta y por eso no me quieren emplear más de criada en casa alguna, por el qué dirán unos y por temor a que les endilgue la criatura otros. Tuve que marchar a labrantíos del otro lado del valle y traba-

jar en la cosecha pese a mi condición, y cuando eso terminó malvivía rebuscando en los campos lo que hubiera podido quedar que valiera para comer, pero ya no hay nada y paso hambre. Y ahora que regreso, me entero de que se ha comprometido con la hija del molinero, esa...

La rabia y la debilidad de su estado le impiden seguir hablando.

—Sí, una coqueta advenediza que solo piensa en vestidos —prosigue la anciana por ella, aunque no son esas las palabras que la chica hubiera hecho suyas—. Cuánto hubiera preferido que se desposara contigo, en recuerdo de tu madre y para salvaguardar las viejas tradiciones. Se casarán en esa ermita, mira tú, como si los antiguos votos carecieran de valor. Pero yo soy vieja, me queda poco de vida y nada pinto en eso, todo lo mueve el molinero y su dinero mal adquirido. ¿Qué piensas hacer? Mira que atrás quedan los tiempos en que una mujer sola podía sacar adelante a sus hijos, nadie ayuda ya en esos menesteres.

—¿Pero por qué vuestro hijo niega lo que es palpable? —dice la gestante, desesperada—. En mi vientre llevo su vástago y nieto de vos. Él es fuerte y sano,

podría mantenerlo sin problemas y por mi parte no le pediría nada.

—Ya me habló de tu visita a la herrería, sí. Debo creer a mi hijo, fruto también de mi vientre, aunque bien sé que los hombres no son de fiar en estas lides. Dime, ¿estás segura de que fue él? Piensa que en la noche de mayo se bebe mucho, y si os citasteis a oscuras y bajo el influjo de la mandrágora y el beleño, bien pudiste yuntar con otro...

—Eso que decís no puede ser, ¿no voy a reconocer al compañero de juegos de mis años mozos...?

—Vamos, vamos, no me llores, que este viejo corazón no lo soporta. Recuerdo cuando enredabais de niños; le tomabas el pelo todo el tiempo y el pobre te seguía como un perro faldero, tan crédulo como ha sido siempre. ¿Cómo te va a mentir un muchacho tan noble? A ver que yo me entere, ¿qué máscara llevabas tú?

—Ninguna, solo alheña en el rostro y en mi pelo una corona de flores de espino albar...

—Ay, ¿espino? —exclama la anciana, de repente temerosa—. Pero, atolondrada, ¿no sabes que el majuelo es la planta de los duendes, una frontera entre nuestro mundo y el otro? Por eso se colgaban tiras de tela de sus ramas. ¿Acaso tu pobre madre no

te enseñó nada de la vieja sapiencia antes de pasar a mejor vida? Zagala, cuéntame lo que recuerdes y sé prolija: ¿qué fue lo que te dijo aquel hombre al que tomaste por mi hijo?

—Nada, en verdad —admite la chica, forzando su memoria—, no me habló e iba desnudo.

—¿Y la cara?

—No se la vi, porque llevaba puesto el cráneo de ciervo y... ¡ay, no puede ser, válgame la Dama!

La anciana se sienta junto a ella y rodea sus manos con las propias: arrugadas unas, de piel reseca y agrietada el otro par, temblorosas las cuatro.

—¿Ya comprendes, chiquilla? —le musita al oído—. El dios astado, la noche que debe fecundar a la diosa... Renace cada año y busca una hembra que se le ofrezca para proseguir el ciclo, y aquella noche solo tú te internaste en el bosque con ese propósito. Doncella embriagada de beleño fue para él dádiva de su gusto. ¿Tanto has atendido las enseñanzas de ese cura barragán que ni siquiera tienes por ciertas las historias que te contaba tu madre?

—¡No, no! ¿Qué puedo hacer? —Está aterrada, y en vano la vieja mujer sabia trata de transmitirle serenidad. De pronto se vuelve hacia ella con un atisbo de

esperanza en la mirada—: Se dice que ayudabais a las que no deseaban...

La otra hace gesto de no querer ni pensar en ello.

—No me atrevería a apañarte un aborto siendo hijo de quien es. No deseo atraer sobre mí la inquina de la divinidad. Además, tu gestación está muy avanzada. Pero tampoco puedes esperar a que el embarazo llegue a término, pues no hay mujer mortal que sobreviva a algo así.

—¿Entonces qué? —pregunta despavorida la joven.

—Nunca me he visto en situación semejante. —Y diciendo esto se pone en pie—. Déjame pensar... Lo que debes hacer es alumbrar cuanto antes. Sí, puedo darte un preparado para provocar el parto.

—¿Aquí?

—Quita, qué dices. No, en el mismo claro donde lo concebiste, allí lo podrá recoger su padre. Aguarda, moleré en el almirez unas hierbas que yo me sé y cuando las tomes deberás partir de inmediato. No temas, muchas mujeres han dado a luz solas antes que tú, la diosa no permitirá que te ocurra nada malo.

Es la segunda visita que recibe hoy, y no le gusta que vengan a molestarla. Se apresura a guardar los tarros

con hierbas y otras sustancias en un rincón del chamizo, no vayan a descubrir que nunca ha abandonado su viejo oficio. Sin embargo, su cara se torna algo más amable al comprobar que se trata de su hijo.

—Madre —dice este con gesto serio—, me han contado que se la ha vuelto a ver por estos parajes.

—¿De quién me hablas?

—Bien lo sabéis. Escuchadme, os obedecí en su momento y actué como me indicasteis, pero lo he pensado y creo que debo hacerme cargo de ese niño. Aunque haya que cancelar el desposorio, a mi parecer el molinero entenderá...

La anciana le da una bofetada con una fuerza que desdice su senectud, y él agacha sumiso la cabeza.

—Calla, pánfilo —lo amonesta en tono bien distinto al que ha usado antes con la chica—. Casi echas a perder un matrimonio muy ventajoso por pensar con la entropierna, y ahora me vienes con remordimientos. Ay, suerte hemos tenido de que la tomaras con la máscara puesta, y que la mema de la hija del molinero dé más valor a su orgullo que a su honra. Gracias a eso, y a los desvelos de tu pobre madre, podremos salir adelante.

—¿Cómo, ha estado aquí? —deduce por fin—. ¡Qué habéis hecho de ella!

—Qué lento eres, hijo. Hice bien en meterte de aprendiz en la fragua, donde tu pobre seso no estorbara tu bonanza, y mira lo bien que nos ha venido. Me queda poco tiempo en este mundo, y no moriré pobre como la madre de esa majadera, buena para nada. ¡Puaf!

Mientras la madre escupe en el suelo, el joven echa una aprensiva mirada al lugar donde sabe que esconde sus remedios. Ella, que se arrellana en el taburete cansada de piernas, adivina su pensamiento.

—Ay, la muy ingenua se creería cualquier cosa. ¡El dios cornudo, nada menos! —Ríe ahora de un modo espeluznante—. Le di a tomar un preparado que apresura el alumbramiento. Pero no temas, el niño aún no está hecho, ninguno de los dos sobrevivirá. Envié a la muy necia a parir al bosque, donde no nos creará más contrariedades.

—¡Pero, madre, es mi hijo ese bebé al que habéis condenado!

—Más hijos perdí yo y no los echo de menos, aun cuando hubiesen sido de seguro más espabilados que tú. ¿Adónde vas ahora? ¡No corras, ya es tarde

para hacer nada! ¿Me oyes? ¡Vuelve aquí, aún lo estropearás todo!

Ya no la escucha, corre hacia la cercana linde de la espesura. Incluso de día siente temor al adentrarse bajo la techumbre de ramas y hojarasca, percibe la enorme antigüedad de unos árboles que aún recuerdan una era en la que se los veneraba, mas se obliga a continuar. El camino se hace largo desde la cabaña de su madre, alejada del prado, y él no conoce los atajos del bosque. Se desorienta en un par de ocasiones, ahuyenta sin querer a un zorro, y es gracias al campamento de los carboneros como logra ubicarse y encuentra por fin la ruta que siguió aquella noche, también en pos de la chica pero entonces ebrio de mandrágora y lujuria.

Cuando alcanza el calvero nada le cuesta hallarla. Está donde la tomó, sentada junto a la base musgosa del haya; la espalda apoyada en el tronco y las piernas separadas, dobladas por las rodillas. Conforme se acerca, ve que en la mano sostiene unas deshilachadas calzas de hombre que reconoce con remordimiento: son las que él no supo encontrar la noche de mayo, cuando volvió sobre sus pasos en busca de la ropa que se había quitado. Ya debía de notar los dolores del parto al hallarlas y comprender la ver-

dad. Pero no hay rencor sino una especie de paz en su rostro, en su cuerpo desangrado. Entre sus ingles, sobre la tierra, yace la masa oscura e informe de la placenta. Pero el cordón umbilical está roto, y del recién nacido no hay rastro.

## Sobre el autor de «Fiesta pagana»:

A **Aitor Solar** esto de tener que escribir acerca de sí mismo en tercera persona le fascina, piensa que es como llevar una máscara con su propia efigie, ligeramente deformada y engañosa. O como si usaras de pseudónimo tu propio nombre: una sutileza tan profunda como imperceptible. En mi opinión es un tipo inquietante, pero no se lo contéis.

El individuo se ha colado ya en seis *Calabazas en el Trastero*, fue premio Domingo Santos en 2013, ha sido seleccionado por la AEFCT para tres volúmenes de *Visiones* (2012, 2014 y 2015), y ha aparecido en otras antologías como *Alambre de Letras* (Neonauta Ed.) o *Lovecraft: Mitos de Fuenlabrada* (Kelonía). De hecho, sobre los Mitos de Cthulhu ya se ha permitido el lujo de dar algunas conferencias, por ejemplo en 'El Día de Lovecraft' de Alcobendas. Su blog es [disportancia.blogspot.com](http://disportancia.blogspot.com) y básicamente le da al terror y a un tipo de ciencia ficción próxima igualmente poco tranquilizadora. Inquietante, ya os lo dije.

# ¡Vota en el Premio Nosferatu!

Queremos conocer la opinión de los lectores.  
Por ello, La Biblioteca Fosca convoca este premio  
honorífico del público que se adjudicará  
a la obra de la presente antología  
más apreciada por los lectores.

Su autor recibirá una reproducción del nosferatu de  
**David M. Rus.**

Participa enviándonos un correo electrónico a:  
nosferatu@bibliotecafosca.es  
indicando de mejor a peor  
tus cinco relatos preferidos de este volumen.  
Cualquier sugerencia sobre la antología será  
igualmente bienvenida.

Más información y convocatorias en curso en  
[http://sacodehuesos.com/calabazas-en-eltrastero/  
premio-nosferatu](http://sacodehuesos.com/calabazas-en-eltrastero/premio-nosferatu)